

CAPÍTULO XXXII

La Eucaristía y los Apóstoles

Es patentizado este dogma como Sacramento y Sacrificio
por los Apóstoles

Doce lindas puertas vió S. Juan en el muro alto de la ciudad santa jerosolimitana; doce bellos ángeles había respectivamente en aquellas elevadas puertas; doce sólidos fundamentos poseía el mencionado muro, y doce eran finalmente los graciosos nombres que se hallaban esculpidos en los fundamentos. He aquí la descripción del número, misión y compañía del Colegio Apostólico. El elevado muro, según S. Ambrosio, es Jesucristo, por lo cual se dice en Isaías: «El Salvador pondrá en ella (esto es, en la ciudad celestial) un muro y antemural». Las doce puertas abiertas en este muro son los doce apóstoles, número de los primeros propagadores del Evangelio. Los doce ángeles vigilantes son los coadjutores de los apóstoles, que recojen el fruto de la predicación de los discípulos de Jesucristo y que por eso están en los pórticos del muro, para introducir á los que se salven. Los doce fundamentos sobre los cuales descansa el dilatado muro, son los mismos apóstoles; porque sobre éstos se fundó la Iglesia militante, triunfante y purgante, pues como dice S. Ambrosio: si Pedro es el fundamento de la Iglesia,

luego ésta se ha edificado sobre él, como también sobre los demás apóstoles. No importa que diga S. Pablo (1) que «nadie puede poner otro cimiento que el que ha sido puesto, que es Jesucristo»; porque no es Cristo un fundamento y otro Pedro, sino que, siendo Pedro y los demás apóstoles miembros de Jesucristo, por eso Éste es el fundamento principal y los apóstoles fundamentos secundarios, mas son primarios en cuanto á la visibilidad. Por último; los nombres que grabados estaban en los doce fundamentos, son los nombres de los apóstoles del Cordero. Ponderemos, pues, la dignidad de los primeros colaboradores de Jesucristo Nuestro Señor ya que por medio de símbolos y hasta de la inscripción de sus propios nombres, hace el Altísimo resplandecer sus méritos, en los que se agradó tanto el Divino Maestro, que á más de haberles confirmado en su gracia mientras vivieron, les prometió ser jueces con Él en el tremendo día del juicio final, para formar el correspondiente proceso á cada uno de los hombres.

Testigos fueron los apóstoles de lo que practicó el Salvador durante los tres años de su predicación sobre la tierra. En este concepto no podían por menos de legarnos algunos recuerdos de las maravillosas obras de Jesucristo, y como entre éstas la más estupenda es la Eucaristía, dicho está que en los escritos de los apóstoles encontraremos preciosas frases que bosquejen nuestro augusto Misterio.

En efecto: S. Juan declara admirablemente el Misterio augusto de la Eucaristía, y la adoración que le debemos prestar.

(2) *Y miré y ví en medio del trono y de los cuatro animales y en medio de los ancianos un cordero así como muerto... los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero, teniendo cada uno sus arpas y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos. Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres, Señor, de tomar el libro y de abrir sus*

(1) I. Cor. cap. 3, 11.

(2) Apoc. V, vv. 6, 8, 9, 10, 11, 12.

sellos: porque fuiste muerto y nos has redimido para Dios con tu sangre, de toda tribu y lengua y pueblo y nación. Y nos has hecho para nuestro Dios, reyes y sacerdotes y reinaremos sobre la tierra. Y ví y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, que eran millares de millares y la voz de los animales y de los veinticuatro ancianos que decían en alta voz: Digno es el Cordero que fué muerto, de recibir virtud y Divinidad, esto es; honor como á Dios, por ser Dios sabiduría y fortaleza, honra y gloria y bendición. Hasta aquí S. Juan. Ahora bien: Tertuliano (1) afirma que este divino Libro encierra el orden de todos los tiempos de la Iglesia, autoridad que confirmó S. Jerónimo (2) diciendo, que contiene la sabiduría de los misterios del Catolicismo, opinión á la cual se agregan muchos de los Santos Padres y Doctores; por lo tanto, este admirable pasaje debe referirse á uno de los acontecimientos primordiales de la Iglesia, el cual se renovará cada día hasta el fin de los siglos. Mas expliquémosle: En medio de un trono; esto es, en medio de un altar, trono de Jesús, sacrificado incruentamente, se hallaba un cordero como muerto, no muerto absolutamente, porque en el sacrificio de la Misa se nos representa, no muerto, sino como muerto, porque Jesucristo, que es el Cordero, una vez resucitado no puede ya morir. Cuenta además que estaba en pié, para denotar la prontitud de su magnánimo Corazón, para concedernos gracias y favores. Los veinticuatro ancianos que son figurados por los apóstoles y profetas, ó también por solos los apóstoles y sus sucesores los obispos, y los cuatro animales representados por los evangelistas, estando alrededor del Cordero, se postraron en tierra para rendirle adoración ó culto supremo de latría, con lo cual se nos declara el modo de adoración que se tributa á Jesús Sacramentado en la Iglesia; en sus manos poseían doradas arpas, que no son otra cosa que los diferentes instrumentos músicos que en la Iglesia usan los tañedores, los cuales, uniendo las voces de sus sonoros

(1) De resurrect. cap. 15.

(2) In Isai. ad finem.

instrumentos á las de los sacerdotes, pregonan las grandezas, publican las alabanzas y bendicen con sus sagrados cánticos, el triunfo, la majestad y la gloria del Hijo del Altísimo. Copas de oro llenas de perfumes, añade el Apóstol, manejaban los veinticuatro ancianos; ¿y qué son éstas, sino perfecta alegoría de los incensarios, que humeando despiden el suave perfume del incienso? Cantaban, dice, un cántico nuevo. ¿No practica la Iglesia esto mismo alrededor del trono de Jesús Sacramentado? Pero lo que intentamos probar está en lo siguiente: «Nos hiciste, Señor, reyes y sacerdotes; y reinaremos sobre la tierra». He aquí declarada la alegoría. Los veinticuatro ancianos, dirigiéndose al Cordero que tienen delante, exclaman: Nos hiciste reyes y sacerdotes; es decir, reyes, porque son partícipes de su reino, como comenta el Lirense, (1) ó porque los justos reinan sobre la tierra por el predominio que tienen sobre sus pasiones, y sacerdotes para ofrecer á Dios hostias dignas de alabanza que, según hemos advertido, son las que se sacrifican sobre el altar del Nuevo Testamento. ¿Quién, pues, negará que todo este hermoso cuadro, dibujado por S. Juan, no se refiere á la liturgia eucarística que usaron los apóstoles? Oigamos al doctor útil (2). Habla del Cordero apocalíptico. «El Cordero (dice) es Cristo que está en medio de las iglesias diseminadas por el orbe y constituídas en su nombre; así como Él mismo dijo: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos; porque así como se dice León, en virtud de su resurrección, así también se dice aquí Cordero, por razón de la inmolación... Se dice, además, que está en el altar como muerto, porque se inmola cada día en la Iglesia, no muriendo según la carne, porque resucitó á la vida inmortal, sino según el efecto y representación, porque por la oblación de la Eucaristía, se nos comunica el efecto de su Pasión. Ella misma es semejanza representativa de Él, según lo que se dice: Esto haced en memoria de mí. Aquello, pues, que representa á

(1) Postill. in Apoc. cap. 5.

(2) Postill. in Apoc. v. cit. Lira.

alguno, se designa por nombre del mismo, así como la imagen de Pedro se llama Pedro; y por la misma razón la Eucaristía se dice Cordero inmaculado; mas para designar esto no se dice aquí, el Cordero muerto simplemente, antes bien como muerto».

Otra prueba nos ofrecen gratuitamente los protestantes á pesar suyo. En efecto: como no aceptan el sacrificio, ni el altar, se han visto precisados á rechazar el divino libro del Apocalipsis, precisamente por lo que acabamos de observar en él. Ellos, á la verdad, conocen las precisas consecuencias que se deducen del bello cuadro pintado por S. Juan, pero como no quieren admitirlas, forzosamente han de impugnar el libro del Apocalipsis. Ignoran tal vez que con esto hacen un gran favor á los católicos, porque ¿quién ha asegurado á ellos que el Evangelio de S. Juan es auténtico y el Apocalipsis apócrifo? Ciertamente, siendo uno mismo el autor de ambos, y afirmando el autor que da testimonio de sus escritos y que su testimonio es verdadero, tanto crédito se debe dar al uno como al otro.

El Apóstol S. Pablo, no sólo enseña que existe en la Nueva Ley un Sacramento y Sacrificio sino que prueba además su existencia y nos invita á que participemos del Cuerpo y Sangre del Señor. En efecto: *Tenemos un altar*, dice, *del cual no tienen facultad de comer los que sirven al tabernáculo*. He aquí la declaración del Sacrificio de la Nueva ley. Este altar como dice S. Anselmo, es la Iglesia, donde se consagra el Cuerpo de Cristo, del cual no tienen facultad de comer los que servían al tabernáculo, esto es; los sacerdotes de la Ley antigua.

En los versículos siguientes da S. Pablo la prueba del anterior. Dice que las carnes del becerro y macho de cabrío, cuya sangre había de ser introducida en el santuario para expiación del pecado, eran quemadas fuera de los reales, esto es: fuera del campo, y que los sacerdotes no podían comer sus carnes; ahora bien: como todas estas eran verdaderas figuras del Sacrificio de Jesucristo, y el Salvador, por otra parte, fué sacrificado fuera de los reales, á saber: fue-

ra de Jerusalem ó en el Calvario, en cuyo caso realizó lo que representaba la figura, luego los sacerdotes de la ley antigua tampoco podían comer de las carnes de Jesucristo, sacrificadas en el altar eucarístico.

En otro lugar dice el mismo apóstol: *Tenemos dones diferentes según la gracia que nos ha sido dada... Ya sea ministerio en administrar*. Por estas palabras se entiende el oficio ó ministerio principal de los sacerdotes que consiste en la administración de los santos sacramentos, y aun particularmente el de la Eucaristía. Así Lira. Esto se deduce, no tan sólo de las mismas expresiones, *tenemos ministerio en administrar* tomadas propiamente, sino también de sus antecedentes y consiguientes; porque S. Pablo, después que ha declarado que á la manera que un cuerpo tiene muchos miembros, mas no todos tienen la misma operación, y que de este mismo modo acontece en la Iglesia de Jesucristo, pasa á declararnos que muchos de estos miembros tienen dones diferentes, según la gracia que le ha sido dada; por lo cual enumera varios, los cuales no se confunden con el don de *administrar*; y así dice: Unos tenemos el don de profecía según la proporción de la fe, esto es: discernimiento y luz abundante para explicar los misterios é interpretar las divinas Escrituras; otros tienen el don de enseñar en doctrina; á saber: de ilustrar á los demás con las ciencias y letras sagradas, cuyo oficio pertenece á los doctores; otros, de amonestar ó predicar la palabra de Dios al pueblo; otros de repartir limosnas ya corporales ya espirituales con simplicidad, cuyo oficio aunque pertenecía antiguamente á los diáconos, no obstante atañe hoy también á los que pueden distribuirlas de sus propios haberes; otros, además, tienen el don de presidir con solicitud, cuyo ministerio pertenece á toda clase de superiores, ya eclesiásticos, civiles ó militares; otros, en suma, poseen el don de hacer misericordia en alegría, cuyo oficio toca á los pudientes. Ahora bien: entre todos estos hermosos cargos, por cierto públicos y espirituales, cuenta entre los puramente de esta última clase el ministerio de *administrar*, el cual no puede entenderse ni

de la administración de la doctrina, ni de la palabra de Dios, ni de las otras obras, porque á cada una de éstas ya las reseñó con particular cuidado; por lo cual se deduce que es el ministerio de administrar los sacramentos, particularmente el Eucarístico, porque es el más espiritual.

(1) *Limpiad la vieja levadura, añade el Apóstol, para que seáis una nueva masa, así como sois ázimos; porque Cristo que es nuestra Pascua, ha sido inmolado. Y así solemnizamos el convite, no con levadura vieja ni con levadura de maldad, ni de pecado: mas con ázimos de sinceridad y de verdad.* Algo obscuro parece este lugar; no obstante lo aclararemos. Comienza el Apóstol reprendiendo á los Corintios fornicarios, diciéndoles «No es buena vuestra jactancia. ¿No sabéis que una poca de levadura, corrompe toda la masa?» como si dijera, ¿no sabéis que basta un hombre malo para inficionar á los demás? «Limpiad pues la vieja levadura, esto es: apartad de vosotros á ese incestuoso, para que quedéis limpios y podáis ser una nueva masa, figurada por la limpieza de conciencia, cual debe ser la de todos los cristianos; y esto quiere decir la palabra ázimos, como observa Lira, (2) porque la expresión «así como sois», se debe traducir; «así como debéis ser», ázimos ó ajenos de toda culpa. Este es el modo de preparación para recibir al Señor Sacramentado, por lo cual, suponiendo el Apóstol, que los Corintios debían de buscar por todos los medios preparación semejante, por eso les dice: «Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado; y así solemnizamos el convite», con el fin de que podamos tener parte en él; mas no lo hemos de celebrar con levadura vieja», esto es: con la levadura del pecado mortal, el cual impide los efectos del Sacramento Eucarístico; ni con levadura de maldad, que es el pecado perpetrado con malicia, según el Li-

(1) Expurgate vetus fermentum, ut sitis nova conspersio, sicut estis azymi. Etenim Pascha nostrum immolatus est Christus. Itaque epulemur; non in fermento veteri, neque in fermento malitiæ, et nequitie; sed in azymis sinceritatis, et veritatis. I. Cor. 5, vv. 7, 8.

(2) Postill. in I. Cor. c, 5.

rense; (1) mas lo hemos de celebrar con ázimos de sinceridad y de verdad; esto es: con la limpieza del corazón, no teniendo afecto al pecado, y con la del entendimiento, no siendo sospechosos de errores é ideas aviesas.

Notemos lo que enseña el príncipe de los apóstoles, acerca de los verdaderos cristianos. Dice que son: (2) *sacerdocio santo, para que ofrezcan sacrificios espirituales, que sean aceptos á Dios por Jesucristo;... que son el linaje escogido, el sacerdocio real, gente santa, pueblo de adquisición, para que publiquen las grandezas de Aquél que de las tinieblas, los llamó á la luz inextinguible... y que toda nuestra vida y perfección ha de estar edificada sobre la piedra principal, que es Jesucristo.* Atendamos á las expresiones: sacerdocio santo y sacerdocio real. Considerando S. Pedro la sublimidad de los cristianos, afirma, que son sacerdocio santo, no porque tengan la potestad de Orden, como quiere Lutero, sino porque son semejantes á los sacerdotes por dos motivos: 1.º Porque así como éstos ofrecen á Dios el Sacrificio de nuestros altares, así también los demás cristianos, no sacerdotes, son participantes en este Sacrificio, porque ofrecen la Hostia y el Cáliz al mismo tiempo con el sacerdote celebrante, por lo cual se dicen en el canon de la Misa, las siguientes palabras: «Acordaos también, oh Señor, de todos los que están presentes, por los que os ofrecemos, ó los que os ofrecen este sacrificio de alabanza» etc. El 2.º motivo es, porque son semejantes, no solamente á los sacerdotes, sino también á Jesucristo Nuestro Señor, el cual es el sacerdote eterno, la Hostia inmaculada que se ofrece al Padre Eterno, y el templo de Dios, en el que habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente (3): así también se llama sacerdotes á los cristianos porque pueden ofrecerse al Padre Eterno, mediante la devoción,

(1) Postill. in I. Cor. c, 5.

(2)...Sacerdotium sanctum, offerre spirituales hostias, acceptabiles Deo per Jesum Christum...genus electum, regale sacerdotium, gens sancta, populus acquisitionis: ut virtutes annuntietis ejus, qui de tenebris vos vocavit in admirabile lumen suum I. S. Petri, c, 2, vv. 5, 9.

(3) Ad Colos. II, 9.

humillación y fervor de la caridad. Asimismo, son semejantes á Jesucristo, porque son templos de Dios, ora cuando están en su gracia, ya de un modo particular cuando le reciben Sacramentado; por lo tanto, aunque S. Pedro hable en este lugar solamente del sacerdocio espiritual, supone siempre el real, esto es: el de los cristianos deputados para sacerdotes, que como tales están legítimamente ordenados.

S. Pablo indica claramente el Sacrificio y Sacramento eucarístico por estas palabras (1). *El cáliz de bendición al cual bendecimos, ¿no es la comunión de la Sangre de Cristo? y el pan que partimos, ¿no es la participación del Cuerpo de Cristo?* Como si dijera: El vino contenido en el cáliz que, consagrado, es la Sangre de Cristo, ¿no es la participación de esta Sangre, en la sunción de la misma? Mas el pan que partimos después de haberle consagrado: ¿no es la participación del Cuerpo del Salvador, cuando le comemos? porque después de consagrado es cuando se parte y se distribuye á los fieles, si es que no hay otras Hostias consagradas. Nótese que los Stos. Padres usaron frecuentemente la voz *bendición* por *consagración*.

(1) Calix benedictionis, cui benedicimus, ¿nonne communicatio sanguinis Christi est? et panis, quem frangimus; ¿nonne participatio corporis Domini est? I. Cor. c. X, 16.



CAPÍTULO XXXIII

Doctrina del Apóstol sobre la institución y efectos de la Eucaristía

Entre los muchos conceptos que el Apóstol S. Pablo declara á los Corintios para su instrucción, edificación y salvación eterna, les reprende ciertos abusos que practicaban al celebrar los convites de caridad, les increpa por otros desórdenes que cometían antes de recibir la Eucaristía, y les expone finalmente, este santo dogma. Respecto á lo primero, les dice... (1) *No apruebo el que os congreguéis, no para mejor, sino para peor; porque... oigo que cuando os congregáis en la Iglesia hay discusiones entre vosotros y en parte lo creo.* Los primeros cristianos, después que celebraban los sagrados Misterios, solían tener los ágapes ó convites de caridad á los cuales acudían, tanto los ricos como los pobres con objeto de tomar una moderada refección; los ricos, como es consiguiente, acostumbraban sostener la mayor parte de los gastos, por lo cual tenían en baja opinión á los pobres, resultando de aquí murmuraciones, riñas y otros graves defectos inconciliables con la caridad cristiana. Por esto les dice el apóstol: No apruebo el que os con-

(1) Non laudans quod non in melius, sed in deterius convenitis. Primum quidem convenientibus vobis in Ecclesiam, audio scissuras esse inter vos, et ex parte credo. I Cor, 11, vv. 17, 18.